

TRIBUNA ABIERTA

Otra vez con el «acento»



POR ANTONIO NARBONA

En la comunicación privada entre hablantes de variedades diversas del español suele producirse cierta «convergencia», sin que ello suponga reconocer superioridad (ni inferioridad) alguna

CUANDO, a fines de 2023, se «ascendí» a M^a J. Montero a la Vicepresidencia Primera, me preguntaron, en un programa de Canal Sur Radio, mi opinión sobre su «típico acento sevillano», ese que provoca la (son)ris(it)a de más de uno en el Congreso y fuera del hemiciclo. Respondí que sobre el hecho de que el «acento» ajeno «chirríe» nada hay que decir, es algo que ha ocurrido siempre y en todas partes: los de un pueblo (andaluz o no) se mofan de cómo «hablan» los de la localidad vecina; unas regiones desprecian —o menosprecian— hábitos articulatorios (y expresiones) de zonas cercanas; a este lado del Atlántico «chocan» ciertos rasgos fonéticos o giros «hispanoamericanos», etc. Como cualquier otro aldeanismo cateto, se «cura» simplemente «viajando», hoy sin necesidad de «desplazarse», pues al alcance de todo el mundo están los medios para familiarizarse con la diversidad del español.

Como la propia vicepresidenta califica el suyo, no de «(proto)típico [ejemplar, característico] sevillano», sino «propio de la forma de hablar de los andaluces» («lo llevo muy dentro y expresa la riqueza de nuestra tierra» [Andalucía], añade), bueno será preguntarse previamente qué se entiende por acento.

Si —como suele hacerse— se identifica con una manera de pronunciar, saltan «al oído» su seseo (suenan igual sesión y cesión), la «aspiración» o «desaparición» de las -s finales de palabra o de sílaba, y no mucho más: «loh cahcoh ihtórico de lah siudadeh andalusa ehtán mu(y) ehtropea(d)o». Lo que pasa es que seseantes (con diferentes tipos de /s/) son más del 90% de los hispanohablantes (en Canarias —un ministro compañero de Gobierno, sin ir más lejos lo es— e Hispanoamérica, el seseo está generalizado), y muy numerosos los que, fuera de Andalucía, tampoco realizan, o no como tal, la -s implosiva. A su vez, son más los andaluces (y sevillanos) que no sesean, y no todos «pierden» en todas las ocasiones las -s en posición final. Además, el «acento», más que por unos cuantos hábitos articulatorios, está conformado por el ritmo, las pausas, curvas entonativas, modulaciones melódicas..., a todo lo cual apenas se alude.

Pero si el «acento» se iguala al «modo de hablar», la tarea se complica, y mucho, pues obliga a tener en cuenta también el léxico empleado, la forma de construir el discurso..., de lo que tampoco suele decirse nada. En tal caso, la sonrisa ante lo «extraño» puede pasar a ser carcajada; o, lo que es peor, el intercambio comunicativo convertirse en un gallinero, como sucedió en la se-

sión del Parlamento andaluz del 10 de julio de este año, que hubo de ser suspendida simplemente porque quien defendía un decreto ley sobre el agua dijo «veo que a la bancada de la izquierda le importa un pito», lo que provocó la airada reacción de los aludidos («¡qué vergüenza!» fue una de las pocas expresiones reproducibles).

¿Cómo contestaría —o habría contestado— a la pregunta de Canal Sur- R. Cruz Ortiz, que en su Sociofonética andaluza, a partir de grabaciones de discursos, entrevistas e intervenciones radiofónicas, analiza unos cuantos fenómenos fonéticos de los 35 políticos andaluces que han llegado a ocupar la Presidencia (o Vicepresidencia) del Gobierno o fueron ministros, desde 1923, año en que el jerezano Primo de Rivera toma el poder, hasta 2011, fin del mandato de J. L. Rodríguez Zapatero? En este estudio, llevado a cabo «por la carencia de investigaciones que se ocupen de cómo se comportan idiomáticamente los [sic] andaluces al entrar en contacto con el español normativo centropeninsular» (que llega a calificar de «sistema diferente [sic]»), el número de ceceantes es irrelevante, algunos de los que sesean dejan de hacerlo al hablar en público, aproximadamente la mitad «restituye» todas o algunas de las -s que cierran sílaba, la mayoría no se «come» la d intervocálica de comido (muchos ni la de hablaDo)...



En la comunicación privada entre hablantes de variedades diversas del español suele producirse cierta «convergencia», sin que ello suponga reconocer superioridad (ni inferioridad) alguna. Con mayor razón, en las actuaciones públicas en que 28 «prohombres» y 7 mujeres (casi todas del último Gobierno de Zapatero) trataban de

convencer, mediante la palabra, a los representantes —de ideologías varias— de todas las regiones, o a ciudadanos de cualquiera de ellas, es constante cierta «acomodación» o «adaptación» al entorno, que puede «facilitar» su objetivo. De todos modos, la conducta lingüística de estos pocos, pertenecientes a la clase más ilustrada de la sociedad, y a los que poco cuesta «ajustar» su dicción, no puede proyectarse a los centenares de miles de andaluces que, especialmente en los últimos años del franquismo y primeros de la recuperación democrática, hubieron de abandonar su tierra (algunos terminaron asentándose en barrios madrileños como Orcasitas o Entrevías, a escasa distancia de las Cortes y sedes ministeriales), jamás tuvieron que hablar públicamente, y cuyo contacto con no andaluces se reducía a lo práctico y cotidiano.

Y no vale aducir que de estos últimos no hay grabaciones. El Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía se llevó a cabo con las respuestas que, hace más de 70 años, los informantes encuestados (ninguno llegó a ser ministro, ni siquiera diputado) proporcionaron a M. Alvar y sus colaboradores, que sólo se servían del oído para registrarlas.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA Y VICEDIRECTOR DE LA RASBL

